

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

PRIMER TRIMESTRE DE 1951

SUMARIO:

ALBERT CAMUS: *DIALOGO EN DEFENSA DEL DIALOGO* • GONZALEZ VERA: *EL RABINO BENJAMIN* • GORHAM MUNSON: *LO AUTENTICO* • FAUSTO SOTO: *CLARIN DEL DIA* • DAVID SPITZ: *LOS COMUNISTAS Y LA IZQUIERDA* • ENRIQUE ESPINOZA: *COLONIALISMO ESPIRITUAL* • ANDRE GIDE: *LAS INFLUENCIAS EN LA LITERATURA.*

SANTIAGO 57 DE CHILE

L A C I E N C I A
PHILCO
 al servicio del hombre

Toda la historia de PHILCO es una ininterrumpida sucesión de aportes valiosos en el campo de la técnica.

PHILCO con sus grandes laboratorios de investigación científica ha logrado la indiscutible supremacía en materia de nuevos adelantos para Radio - Electrónica - Televisión - Refrigeración y acondicionamiento de aire.



el líder en Radio, Refrigeración
y Electrónica.

TAURUS

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA L'ATELIER

*Huérfanos 714,
Galería Teatro L'Atelier*

SELECCION DE LIBROS
ITALIANOS Y FRANCESES
REVISTAS — SUSCRIPCIONES

LIBRERIA DE OCCIDENTE

*Alameda B. O'Higgins 1313
Teléfono 69649*

Casilla 13324

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA CULTURA

Huérfanos 1179

Teléfono 88830

Casilla 4130

**LIBRERIA PLUS ULTRA
(Ex Librería Ercilla)**

Agustinas 1639 - Tel. 62222

Casilla 4655

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

EDITORIAL DEL PACIFICO

— S. A. —

Ahumada 57 Teléfono 89166

Casilla 3126

LIBRERIA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 Tel. 80504

Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS
Y EN LENGUA ESPAÑOLA. TODAS
LAS NOVEDADES

DISPONIBLE

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

**LIBRERIA
UNIVERSITARIA**

*Alameda B. O'Higgins 1058
Teléfono 82453*

OBRAS DE ARTE, CIENCIA,
FILOSOFÍA Y LITERATURA

Colaboradores

ALBERT, CAMUS.—El autor de *La Peste* y *El Extranjero*, que ha tenido la gentileza de autorizar a BABEL la publicación de su "Prefacio a la España libre" (Nº 52), acaba de recoger su "Diálogo en defensa del diálogo" y el fragmento de un reportaje inédito en *Actuelles* (N. R. F.) de donde los ha traducido a nuestra solicitud Oscar Vera.

GONZÁLEZ VERA.—Premio Nacional de Literatura de 1950. Nascimento ha puesto ya en circulación su libro autobiográfico: *Cuando era muchacho*, éxito de crítica y de público. "El rabino Benjamín" pertenece a una serie de relatos de los que anticipamos: "El terremoto", "La carta", "Extraño expropiador", etc.

GORHAM MUNSON.—Ha publicado hace muchos años un extenso estudio acerca de Waldo Frank. Dirige actualmente las reuniones de intelectuales que patrocina la Universidad de Kansas de cuya revista tomamos el presente apólogo traducido por Ernesto Montenegro.

FAUSTO SOTO.—Joven poeta chileno, autor de *Preludio nuestro* del que BABEL publicó: "Viaje en densidad" (Nº 33); y "El Retiro" (Nº 40). Fausto Soto que ahora está en Washington prepara otro libro de poemas.

DAVID SPITZ.—Profesor de Ciencias políticas de la Universidad del Estado de Ohio. Ha escrito *Pattern of Anti-Democratic thought*. El estudio que reproducimos, en traducción ligeramente abreviada de Mauricio Amster, apareció en *The Antioch Review*.

ANDRÉ GIDE.—1869-1951. En homenaje al gran moralista francés recién desaparecido insertamos en este número una de sus conferencias menos conocidas, de cincuenta años atrás, en traducción de Jaime Torres Bodet.

El próximo número de BABEL estará dedicado a conmemorar el trigésimo aniversario de esta revista con colaboraciones de Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Hurtado, Manuel Rojas, González Vera, etc.

B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Precio del número \$ 30 m|ch.
Suscripción a 4 números \$ 100 m|ch.
con derecho a un ejemplar empastado de «El Espíritu Criollo» \$ 200 m|ch.

FUERA DE CHILE:

Suscripción a 4 números y un libro 3.50 u|s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUI SE CONFUNDE EL TROPEL

DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN

Y SE EDIFICA LA BABEL

EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

AÑO XII 1951 VOL. XIV

SANTIAGO DE CHILE

EL REINO DEL PENSAMIENTO ELEVADO NO ESTÁ TAN EXTENDIDO EN LA TIERRA COMO PARA QUE UN PUEBLO PUEDA HOY DECIR: NOS BASTAMOS PLENAMENTE; Y NI SIQUIERA: PREFERIMOS LO NUESTRO; PUES NI AÚN TRATÁNDOSE DE PRODUCTOS INDUSTRIALES PROCEDEMOS ASÍ. AL CONTRARIO, TENIENDO EN CUENTA LA CALIDAD Y LOS DERECHOS DE ADUANA Y TRANSPORTE, BUSCAMOS SENCILLAMENTE LO MÁS BARATO. Y A IGUALDAD DE PRECIOS, LO MEJOR.

EN EL CAMPO DEL ESPÍRITU HAY QUE TOMAR PURA Y SIMPLEMENTE LO MEJOR Y MÁS ALTO QUE PUEDA CONSEGUIRSE.

JACOB BURCKHARDT

Albert Camus

DIALOGO EN DEFENSA DEL DIALOGO

—EL PORVENIR es muy sombrío.

—¿Por qué? No hay nada que temer, puesto que ya hemos saldado nuestras cuentas con lo peor. Ahora sólo hay razones para esperar, para luchar.

—¿Contra quién?

—Por la paz.

—¿Pacifista incondicional?

—Hasta nueva orden, resistente incondicional —contra todas las locuras que nos propongan.

—En una palabra, como se dice, Ud. no está metido en el asunto.

—No en ese.

—No es una posición muy cómoda.

—No. Traté de estarlo, con toda lealtad. Supiera Ud. cómo lo tomé en serio. Y luego me resigné: hay que llamar criminal a lo que es criminal. Yo estoy en otra cosa.

—¿El no integral?

—El sí integral. Naturalmente, hay personas más sabias, que tratan de acomodarse con lo que existe. Nada tengo contra ellas.

—¿Y entonces?

—Entonces, soy partidario de la pluralidad de posiciones. Si se pudiera organizar el partido de los que no están seguros de tener razón, ése sería el mío. En todo caso, no insulto a los que no están conmigo. Es mi única originalidad.

—¿Si precisáramos?

—Precisemos. Los gobiernos de hoy día, rusos, americanos, y a veces europeos, son criminales de guerra según la definición del tribunal de Nüremberg; y comparten su culpa todas las políticas internas que los apoyan de un modo u otro, todas las iglesias, espirituales o no, que no denuncian la mistificación de que el mundo es víctima.

—¿Qué mistificación?

—La que pretende hacernos creer que la política de poder, cualquiera que sea, puede llevarnos a una sociedad mejor en la cual pueda realizarse finalmente la liberación social. La

política del poder significa la preparación para la guerra. La preparación para la guerra y, con mayor razón, la guerra misma, hacen justamente imposible la liberación social.

—¿Y qué ha escogido Ud.?

—Me he decidido por la paz, y en eso consiste mi optimismo. Pero es preciso hacer algo por ella, y no será fácil. Ese es mi pesimismo. Como quiera que sea, sólo tienen mi adhesión los movimientos por la paz que tratan de desarrollarse en el plano internacional. En ellos se encuentran los verdaderos realistas; y yo estoy con ellos.

—¿Ha pensado en Munich?

—Sí, he pensado. Los hombres que reconozco no comprarán la paz a cualquier precio. Pero, considerando la desdicha que acompaña a toda la preparación para la guerra y los desastres inimaginables que acarrearía una nueva guerra estiman que no se puede renunciar a la paz sin haber agotado antes todas las posibilidades. Y no hay que olvidar que Munich ha sido ya firmado. Y dos veces: en Yalta y en Postdam. Y por los mismos que hoy día se empeñan en deshacer lo hecho. No hemos sido nosotros los que entregaron a los liberales, a los socialistas y a los anarquistas de las democracias populares del Este a los tribunales soviéticos. No hemos sido nosotros los que ahorcaron a Petkov. Fueron los firmantes de los pactos que consagraron el reparto del mundo.

—Los mismos que lo acusan de ser un iluso.

—Los ilusos hacen falta. Y, por mi parte, prefiero ese papel, ya que no me atrae el oficio de asesino.

—Le dirán que es también un oficio necesario.

—Los candidatos para él no faltan. Son gente robusta, al parecer. Así, es posible, dividirse el trabajo.

—¿Conclusión?

—Los hombres de que he hablado, junto con trabajar en favor de la paz deberían hacer aprobar internacionalmente un código en el cual se precisaran las siguientes limitaciones a la violencia: supresión de la pena de muerte, denuncia de las condenas a plazo ilimitado, de la retroactividad de las leyes y de los campos de concentración.

—¿Y qué más?

—No es el momento de entrar en más detalles. Pero si sólo fuera posible que esos hombres adhirieran en masa a los movimientos existentes en favor de la paz, que trabajaran por

su unificación en el plano internacional y redactaran y difundieran, con la palabra y el ejemplo, el nuevo contrato social que necesitamos, creo que ya estarían en paz con la verdad.

Si tuviera tiempo, diría también que esos hombres deberían tratar de preservar, en su vida personal, la parte de alegría que no pertenece a la historia. Se nos quiere hacer creer que el mundo de hoy necesita personas totalmente identificadas con su doctrina y empeñadas en lograr fines definitivos mediante la sumisión total a sus convicciones. Creo que, en el estado actual del mundo, esa clase de gente hará más mal que bien. Pero admitiendo, lo que no creo, que acaben por hacer triunfar el bien al final de los tiempos, me parece indispensable que exista otra clase de hombres, atentos a preservar el ligero matiz, el estilo de vida, la probabilidad de dicha, el amor: en una palabra, ese difícil equilibrio que los hijos de aquellos mismos hombres necesitarán finalmente, aun en el caso de que la sociedad perfecta se realice.

... Naturalmente, proclamarse revolucionario y rechazar por otra parte la pena de muerte, la limitación de las libertades y la guerra, equivale a no decir nada. No digamos, pues, nada, por el momento, excepto que proclamarse revolucionario y exaltar la pena de muerte, la supresión de las libertades y la guerra equivale solamente a decir que se es reaccionario, en el sentido más objetivo y menos reconfortante de la palabra. Los revolucionarios contemporáneos han aceptado ese lenguaje; por eso es que vivimos hoy universalmente una historia reaccionaria. Son las potencias policiales y las potencias del dinero las que, quizás por cuanto tiempo todavía, hacen la historia en contra del interés de los pueblos y de la verdad del hombre. Pero tal vez por esa misma razón está permitida la esperanza. Ya que no vivimos tiempos revolucionarios, aprendamos al menos a vivir tiempos de rebeldía. Saber decir que no, esforzarse, cada uno en su lugar, por crear los valores vivientes de los cuales no podrá prescindir ninguna renovación, mantener lo que vale del ser, preparar lo que merece vivir, ensayarse en la felicidad, para endulzar un poco el sabor terrible de la justicia, son en verdad motivos de renovación y de esperanza.

... Hay una farsa que, en lo sucesivo, ya no engañará a nadie. Hay mistificaciones que, en lo sucesivo, denunciaremos duramente. Nos negaremos a seguir creyendo que el cris-

tianismo de salón y de ministerios puede olvidar impunemente el cristianismo de las cárceles. A pesar del hecho de que algunos gobiernos cristianos tengan por vocación la compli- cidad, no olvidaremos que el marxismo es una doctrina de acusadores cuya dialéctica no triunfa en el ambiente de los procesos. Llamaremos campos de concentración a los campos de concentración aunque sean socialistas.

Sabemos que nuestra sociedad descansa en la mentira. Pero la tragedia de nuestra generación es haber visto cómo una nueva mentira se sobrepone a la antigua bajo los falsos colores de la esperanza. A lo menos, ya nada nos obliga a llamar salvadores a los tiranos, ni a justificar el asesinato del niño para salvar al hombre. Nos negaremos a creer que la justicia pueda exigir, aun momentáneamente, la supresión de la libertad. Según ellas, las tiranías son siempre provisionales. Se nos explica que hay una gran diferencia entre la tiranía reaccionaria y la tiranía progresista. Habría, así, campos de concentración que marchan en el sentido de la historia, y un sistema de trabajos forzados que permite la esperanza. Suponiendo que así fuera, cabría al menos interrogarse sobre la duración de esa esperanza. Si la tiranía, aun progresista, dura más de una generación, significa una vida de esclavos para millones de hombres; y nada más. Cuando lo provisional cubre el lapso de la vida de un hombre, se convierte, para ese hombre, en lo definitivo. Por lo demás, estamos aquí en pleno sofisma. La justicia no existe sin el derecho, y no hay derecho si no hay libre expresión de ese derecho. Si se puede hablar con tanta altivez de esa justicia por la cual hoy día millares de hombres mueren o matan, es porque un puñado de espíritus libres conquistaron para ella, a través de la historia, el derecho de expresarse. Hago aquí la apología de los que algunos llaman despectivamente intelectuales.



EL RABINO BENJAMIN

A Samuel Bronfman

MI TRABAJO estaba atrasadísimo y quise aprovechar un día de feriado universitario para adelantarlo hasta donde pudiera. Salvo el portero de turno, ninguna otra persona había en la Universidad. Prevalcía un silencio denso, conventual. Alrededor de las cuatro sentí pasos en la galería y luego entró de sopetón a mi sala un hombre serio, de cabellos colorines, que se presentó como el Rabino Benjamín. Sabía que un grupo de norteamericanos estaba en la ciudad y en la lista de nombres, que diera la prensa, figuraba éste.

Le señalé una silla. Tomó asiento y habló en inglés. Mientras lo hacía no dejó de admirarme la seguridad con que los norteamericanos, sin saber español, vienen a los pueblos del sur. Cuando no encuentran quien hable su idioma, la estada debe dejarles la sensación engañadora de haberlos visitado de noche.

No conozco de la lengua inglesa más de cien palabras. Y de éstas casi solamente sustantivos. El Rabino habló con ardor, en el tono que se emplea para expresar verdades eternas, y con cierta rapidez. Aunque escuché muy atento, sólo saqué en claro que deseaba conversar con un jefe. Aspiraba a una beca para la hija de un alto educador, tal vez un decano de su país. Consideré imprudente tener por fiel mi pobre versión. En su monólogo usó gran número de vocablos para mí desconocidos. ¿No podía tratarse de algo enteramente distinto? ¿Y si en vez de solicitar ofrecía la beca? Todo era posible.

Le pedí excusas por no responderle en inglés. Con timidez, y el rubor que causa la propia ignorancia, agregué que no hablaba sino castellano, limitación que en ese instante era para mí una desventura. Le dije que el Rector, por ser día de asueto, hallábase ausente.

Miróme con fijeza y con la gravedad de los hombres que disfrutan de poder. Comprendí que su fuerte no era la mansedumbre. El Rabino no había entendido palabra. En consecuencia, nuestra entrevista no podía tener más eficacia que si se efectuara en el limbo.

A pesar de todo, movido por el ímpetu que tan grande ha hecho a su nación, no se fué. Insistió en que lo entendiera y, quizás para hacerse comprender, se valió de la forma interrogativa durante varios minutos. Por desgracia no empleó sino cuatro de las palabras que me eran conocidas. Quedé desconcertado. Al concluir esperó mi respuesta erguido en su asiento... ¿Cuál podía ser? ¿Qué decirle si no entendí el sentido de sus preguntas?

Ojalá nadie se vea en trance parecido. Como en alternativas semejantes el silencio es angustioso, y hasta puede inducir a la violencia, me sentí obligado a responderle.

Resolví hablar de la Universidad. Sin palabrería, tan sobriamente como pude, le conté cuándo se fundó, le describí a sus hombres más ilustres y entré en otras menudencias. Es frecuente que ante desconocidos deba esforzarme para encontrar las palabras precisas. Esta vez hablé con seguridad y, casi no me atrevo a decirlo, con cierta elocuencia. ¡Jamás llega uno a conocerse del todo!

Sin embargo no abusé de mi facilidad casual. Terminé mi discreta relación mostrándole un grabado que representa a don Andrés Bello. El Rabino Benjamín consintió en mirarlo a la ligera. También sabía ser cortés.

Tras un momento de silencio advertí que el grado de su perplejidad no podía ser mayor. A su vez me examinó con insistencia y luego sus penetrantes pupilas se clavaron en mí como diciéndome:

—¿A qué viene cuanto ha dicho?

No despegué los labios.

El bajó su cabeza y así estuvo unos segundos. No demoró en alzarla y empezó a discurrir separando una palabra de otra, poniendo en cada una su alma entera, tal como suele hacerse cuando es necesario repetir las o cuando se habla a un prójimo de escaso entendimiento.

Su intención, sin duda, era buena. Movíalo el interés de ser comprendido. En su breve discurso, que escuché con empeño casi doloroso, no figuró ninguna de las voces de mi repertorio. ¿Cómo hacerle saber que no le comprendía, cómo sugerirle que saliéramos en busca de un lenguaraz? No podía insinuarle tampoco que volviese porque al siguiente día su barco debía zarpar. No cabía rogarle que se fuese. Decírsele era impolítico. Debía seguir atendiéndolo lo mejor que pudiera.

El habló tres veces. Por consideración a su persona, y no por haberle entendido, debí responder por tercera vez, pero ¿qué decirle? Híceme la ficción de que sus preguntas se referían a la índole de mi trabajo. Pude hacerlo en lenguaje prudente, sin caer en lo prolijo y sin dar a mi tarea ninguna categoría especial. Fué la parte más difícil porque el Rabino, en vez de estimularme con una mirada o sonrisa, como se hace entre personas que conversan, dió en la mala práctica de mirar las paredes, el techo, los muebles. Hubo un momento en que, con muestras de disgusto, quiso interrumpir bruscamente mi relato. No demoré en callar.

Al quedar en silencio, en lugar de reconocer cuán cortés era mi conducta, el Rabino empezó a mirarme con tremenda severidad, con indignación para decirlo todo de una vez. ¿Por qué no aceptar que me expresara en mi lengua? ¿No estaba acaso en mi país? ¿No era perdonable que ignorase su idioma puesto que él, persona de educación superior, desconocía el mío? Por último, era él quien llegaba a un pueblo de otra lengua y fluía que era deber suyo entenderla.

Mas nada adelantaría reclamando de su muda y despectiva actitud. Estábamos en una encrucijada, hablando por hablar, y ésto no tendría término sino cuando él resolviera irse.

Se me expandió el pecho al verle ponerse en pie. Me alargó la mano por fórmula. En sus ojos veíase que no ponía su voluntad. Me lo confirmó al no mover los labios para decir cualquier frase de cumplido. Podía explicarme que no sintiera placer al conocerme, pero Dios sabe que no le asistía sino la mitad de la razón.

Alejóse con paso ligero. Al llegar a la puerta que da a la galería, volvió el rostro con brusquedad, como si temiera un ataque de mi parte. Entendí entonces que me había tomado por loco.



LO AUTENTICO (*The Real Thing*)

UNA PARABOLA PARA NOVELISTAS

EL CUENTO de Henry James intitulado *The Real Thing*, no es por cierto una verdadera parábola, pues carece en lo externo de la suficiente sencillez. De ordinario James empleaba un lenguaje muy complicado en el desarrollo de sus relatos. Tampoco el significado de *The Real Thing* posee esa profundidad de intención que distingue a la parábola. Y, sin embargo, esta historia posee un significado simbólico para un grupo selecto de lectores, o sea aquellos que tienen un interés profesional en la técnica de la novela.

Si queremos concretar el cuento de James en forma de una sencilla parábola, se le podría expresar como sigue:

PARÁBOLA DE LOS MODELOS

Por motivos de extrema pobreza un Caballero y una Señora se vieron obligados a ofrecerse de Modelos a un Artista que se especializaba en ilustrar historias con dibujos en blanco y negro. Su presencia en el salón de recepción era tan distinguida que no les costó nada convencer al Artista que debía tomarlos por Modelos de Gente de Sociedad, ya que ellos eran "la realidad misma". Pero el artista se encontró con muchas dificultades en su trabajo. Las ilustraciones que resultaron tenían una apariencia demasiado fotográfica. Se echaba de menos en ellas un elemento vital, y los que le encargaban dibujos comenzaron a reparar en cierta rigidez letal en su obra.

El Artista acertaba mucho mejor cuando empleaba a una mujercita de los barrios populares de Londres como Modelo para una princesa; pues, posaba para ello con gran naturalidad. Un día contrató a un italiano que hacía de vendedor callejero, y el muchacho resultó excelente como Modelo para los tipos aristocráticos. La mujercita del pueblo y el italiano no eran "los tipos reales", pero mostraron ser "los tipos ideales". El Artista se vió obligado a prescindir de los servicios del Caballero y de la Dama; pero antes de irse, éstos pasaron a la cocina y prepararon el té para el Artista y sus dos Modelos. Como sirvientes, el Caballero y la Señora probaron ser los tipos ideales del caso.

¿Cuál es el significado de esta parábola? A todas luces tiene que ver con la preferencia que todo artista y todo cultor del arte literario tienen por la invención de caracteres, antes

que copiarlos de la vida real. El artista que nos cuenta la historia en *The Real Thing* habla de su "innata preferencia por el sujeto representativo sobre el sujeto real: el defecto de éste era a menudo su falta de representación." James puso en forma de cuento una verdad que viene a demostrarnos que el arte no copia la vida sino que se nutre de sugerencias tomadas de la vida. Una atenta lectura de *The Real Thing* nos demostrará que la historia contiene trazos simbólicos que James puso allí para que sus camaradas novelistas los descifrarán.

Para muchos lectores de *The Real Thing* ese simbolismo no pasará de ser un detalle revelador que subraya la intención del cuentista, algo que le da más verosimilitud y que viene a añadir un toque de autenticidad al ambiente de la historia. Justamente el novelista irlandés Sean O'Faolain, guiado por la convicción de que Henry James había sido demasiado explícito, ha hecho un resumen de *The Real Thing* en el cual se ha eliminado casi enteramente la parte simbólica. La versión comprimida de O'Faolain hace resaltar la anécdota divertida de la historia, esto es, el "núcleo novelesco" de la misma; pero con ello elimina de ese núcleo el elemento parabólico significativo que James introdujo con tal prolijidad. Yo me propongo hacer exactamente lo contrario de lo que pretendió O'Faolain al limitarse al argumento de la historia, y desmenuzaré en detalle los materiales que él quiso eliminar del relato de James. Con esto quedará en claro que lo que atrajo a James a contar la anécdota fué la oportunidad que le ofrecía de poner en claro lo que podría definirse como el estudio de los caracteres reales como "mediums" de comunicación entre la vida y el arte.

The Real Thing es un relato contado por un artista ilustrador que recibe la visita de un oficial retirado, el Cirujano Mayor Monarch y su esposa, ambos de aventajada estatura, en la madurez de la edad, de maneras elegantes, gente distinguida en el lenguaje de sociedad, pero ahora muy venidos a menos. Vienen a ofrecerse para posar como modelos a tanto la hora. El narrador piensa para sus adentros que la pareja adornaría cualquier ambiente de salón, y luego piensa que un salón sienta siempre bien como fondo para ilustraciones. El artista se convence asimismo de que la señora Monarch sería un buen modelo para lucir los trajes de una tienda de lujo, y que el Mayor sería un excelente modelo para el tipo llamado "un hombre de distinción" en los anuncios de las re-

vistas mundanas. No puede dejar de pensar que ambos tienen una apariencia demasiado distinguida para ser celebridades, puesto que las gentes realmente notables rara vez tienen aspecto distinguido. Su aspecto es sumamente fotogénico, y ellos mismos confirman la observación del artista advirtiéndole que en efecto han sido solicitados muchas veces por los fotógrafos.

La observación más interesante que hace el artista es ésta: "Los había "captado" inmediatamente en el sentido pictórico, identificando su *tipo*, y sabía perfectamente cómo debía usarlo. Lo cual no les hubiese complacido en absoluto a ellos, según me convencí más tarde." Resumiendo las impresiones del artista, resultaba que la pareja que solicitaba trabajo como modelos para las escenas de sociedad que él ilustraba, representaban exactamente el papel que desempeñaron en la vida real, mientras que la imagen pictórica que sugieren es algo muy distinto, algo que no se define más allá de indicar que sería un "tratamiento" poco o nada de su agrado. "Por una u otra razón, agrega el narrador, a pesar de todas sus perfecciones no me convencieron fácilmente"; pero a pesar de sus dudas terminó por contratarlos. Esto es, hizo lo mismo que suelen hacer los novelistas, especialmente los escritores sin experiencia, cuando ponen tipos tomados directamente de la realidad en sus obras.

James se espacia contando las dificultades de su protagonista ilustrador con su modelo. La señora Monarch posaba con la inmovilidad de quien se halla ante la máquina fotográfica. "Tras las primeras sesiones, continúa el narrador, comencé a encontrarla de una incorregible rigidez; por más que me empeñaba en corregir mis dibujos, me resultaban siempre de una apariencia fotográfica, o como copias de fotografías." En cada dibujo tenía la apariencia de una persona demasiado alta. Y para colmo, faltaba la variedad. "La hice posar en todas las actitudes imaginables... Seguía siendo una dama distinguida, ciertamente, y de sobra era siempre la misma dama. Era una persona real, pero invariablemente la misma persona."

El caso del mayor Monarch resultó todavía peor. "Sólo me servía para representar gigantes musculosos... y lo que más aborrecía yo en el mundo era el peligro de verme confinado a dibujar un solo tipo".

A estas alturas, un cofrade de regreso de Italia se presenta a ver al artista y echa una ojeada a sus últimos trabajos:

—¿Cómo decirte? No me gustan tus tipos, le declara.

—He tenido una nueva pareja de modelos, dice aquél.

—Así lo veo. Son *ellos* los que no te convienen.

Poco después de esa visita, el editor para quien el artista prepara unos proyectos de ilustraciones destinadas a una edición de lujo, le hace una advertencia: muchos de los dibujos no están a la altura de lo que se esperaba. El artista se ve obligado a deshacerse de sus modelos antes que exponerse a perder un contrato para ilustrar toda la colección.

En contraste con los Monarch aparecen en la historia dos modelos de profesión, una Miss Churm y un muchacho italiano apellidado Oronte. Cuando no se halla posando, Miss Churm es una mujercita menuda y ordinaria; pero en su rol profesional... ah, entonces, "ella no deja de ser una menuda Miss Churm, convertida en una vasta heroína de novela." Poseía una vivacidad natural, una espiritualidad innata, un imprevisible humor y una dramaticidad de actriz. Bastaba con disfrazarla con el tocado de una princesa rusa, hacerla posar en la tarima, y aparecía de una distinción seductora, exótica y peligrosa." Y el narrador agrega: "El valor de tal modelo consiste precisamente en el hecho de no poseer una estampa definida, combinado por cierto con el otro hecho de poseer en cambio un curioso e inexplicable talento imitativo." Su apariencia habitual era como una cortina que ella podía hacer a un lado al capricho para una representación de primer orden. Su actitud no hacía más que sugerir; pero eso le bastaba al buen observador, era vívida y llena de gracia.

Oronte había vendido helados en un carrito antes de conchabarse como una combinación de criado y modelo en el estudio del artista. A pesar de cierta rusticidad, sus actitudes y gestos estaban continuamente expresando escenas dramáticas; poseía "en grado maravilloso el *sentiment de la pose*." Oronte y Miss Churm, representando los papeles de Rutland Ramsay en el momento de decirle seductoramente a Artemisa mientras ella ejecuta una difícil sonata en el piano, aparecían exactamente como uno se figura a tales personajes, en tanto que el inconveniente con los dibujos de los Monarch era que los representaban demasiado a lo vivo. "Cuando dibujaba a los Monarch, por alguna razón no podía dejar de copiarlos en todos sus rasgos... y por lo tanto se me escapaba el carácter que yo quería presentar."

Por lo cual el artista tuvo que resolver su conflicto con el editor mandando a paseo a los modelos naturales y escoger en su lugar a los modelos ideales.

Los Monarch encaran su fracaso con admirable conformidad. En la camaradería del taller, la señora Monarch perfecciona el tocado de Miss Churm, mientras que su marido, deseoso de ser útil, lava la vajilla en la cocina. "Si mis sirvientes fueran mis modelos, mis modelos podrían ser mis sirvientes. Se invertirían los papeles, y estos señores continuarían a mi servicio. Su muda actitud era un intenso llamado a mi espíritu para retenerlos conmigo." Este final estaba ya indicado por James cuando pone una pasajera ocurrencia en la mente de su artista, indicando que podría emplear al Mayor Monarch como lacayo en una escena en que Oronte aparece en el papel de *gentleman*.

El símbolo que se desprende de la complicada historia de James queda en evidencia en lo antedicho. Cada categoría de arte posee una clase apropiada de caracteres. En el arte cinematográfico se les pone a prueba por medio de la fotografía en movimiento, y su proyección en la pantalla. En la novela y el cuento la mayoría de los personajes tomados directamente de la realidad no resultan. Los personajes de la vida real sólo nos ofrecen atisbos (*hints*) tal como el Mayor Monarch sugiere rasgos para el lacayo que nunca fué, y Oronte para el caballero que no ha podido ser en la realidad. La copia de modelos vivos en la novela es una cosa errada: resulta muy difícil darles las justas proporciones, quitándoles su rigidez fotográfica y haciéndolos magnéticos. La conclusión que se saca de esto es que uno debe construir especialmente los caracteres para adaptarlos a la atmósfera ficticia del arte. Los caracteres inventados deben ser ideales para el papel que deben representar en las escenas que uno inventa.

Ese es el sentido parabólico de la historia de Henry James. Que yo no le estoy atribuyendo más de lo que él se proponía está bien probado a mi ver en los prefacios de su *The Wings of the Dove* y *The Ambassadors*, incluidos en su volumen *The Art of the Novel*. James era tan meticuloso al describir su manera de seleccionar sus caracteres novelescos, que es imposible no identificar el caso del escritor con el del ilustrador en su cuento *The Real Thing*.

CLARIN DEL DIA

*Del alba colorada salta el día
con el escudo blanco de los Andes.
Saludan las mesnadas de las olas
cuando tira la espada por el aire.*

*En la ventana de este día abierto
está mi corazón a piel desnuda,
desjugando las uvas de alegría
que gira el viento en su canasta rubia.*

*Y canta entre los mimbres del estero
con guitarra de espuma apasionada
la cueca de percales, desatando
pañuelos y pañuelos de esperanza.*

*Sube su falda tímida la sombra
ante la amante inundación del día,
y balidos rosados desorientan
la risa de almidón de las gavillas.*

*Silba el galope con el viento libre
mi caballo viril hacia adelante.
A la orilla del agua —detenido—
siento sonar los sueños en mi sangre.*

*Así cantar bajo la paz y el pecho,
entre sombra y rocío de montaña,
galopando los trigos de la vida
mientras la muerte ladra por la espalda.*

LOS COMUNISTAS Y LA IZQUIERDA

UNO de los fenómenos deprimentes de la historia es la tenacidad con que la gente se aferra a las etiquetas largo tiempo después de haber éstas cambiado su significación. El liberalismo de John Stuart Mill no es el de Bertrand Russell ni el de Morris Cohen. El comunismo de Carlos Marx difiere en cuestiones importantes del de Stalin. Y, no obstante, una propensión a la vaguedad de pensamiento y a la argumentación apasionada conduce a la gente a borrar los distingos en beneficio de un denominador común. Esto es mala lógica y mala historia. Y, de seguro, da malos resultados.

Uno de estos resultados es la confusa noción de que los comunistas pertenecen a la izquierda. El por qué no es difícil de comprender puesto que cuando Marx y sus discípulos atacaban las injusticias del orden económico y, más ampliamente, del orden social, se colocaban junto a esas almas rebeldes que combatían por la causa de la decencia humana y los derechos del hombre. Y cualesquiera que fuesen los factores que mantenían separados a los comunistas y trotskistas, socialistas y anarquistas, fabianos y sindicalistas, todos obraban al unisono en su insistencia de que el siervo tiene igual derecho a la libertad y seguridad que su amo, de que el hombre común no está destinado a moverse eternamente en la base de la pirámide que no había construido, pero que está obligado a mantener.

En su adhesión a esta causa los comunistas fueron tan vigorosos como vocingleros. De palabra y de hecho se proclamaron adversarios de los ricos y defensores de los pobres. Trataron de poner al desnudo los embrollos del sistema económico, explicar las causas de la pobreza y la inseguridad y señalar los medios para corregirlas. Habían observado con mucha perspicacia las paradojas de ciertos países occidentales que poseen instituciones antidemocráticas y permiten prácticas antidemocráticas no obstante profesar ideales democráticos. En esos mismos países abogaban por un sistema educativo libre de injusticias raciales y de mojigatería. Con estos y otros medios se han esforzado en justificar su inclusión entre las fuerzas de la izquierda.

Pero está claro a todas luces que hoy los comunistas son ajenos en espíritu, pensamiento y acción a los ideales de la izquierda. Esto nos coloca ante dos problemas: ¿Qué es un comunista? Y ¿qué es "la izquierda"?

II

PARA comenzar pongamos en claro que hay muchas cosas que un comunista no es. No es simplemente un revolucionario, como tampoco un revolucionario es necesariamente un comunista. Es esta una confusión común pero peligrosa... En la Unión Soviética un comunista es un conformista, defensor antes que agresor del *status quo* que, con sus procedimientos autoritarios y su negación de las libertades políticas e intelectuales guarda poca semejanza con las aspiraciones históricas de la izquierda. Fuera de la Unión Soviética un comunista es revolucionario únicamente con respecto a la política de los gobiernos no-comunistas y eso únicamente cuando esa política no está de acuerdo con los intereses de la URSS.

Así, por ejemplo, durante la guerra los comunistas británicos y norteamericanos trataron de suprimir toda crítica de las "democracias capitalistas" en cuestiones políticas que ellos mismos habían combatido antes de entrar en guerra los Soviets al lado de esos países, y también a partir del término de la guerra. Más recientemente, en el Austria postbélica, los funcionarios locales del Partido Comunista se habían aliado con las autoridades soviéticas al oponerse a la nacionalización de las industrias austriacas, porque en tal caso el control de esas industrias hubiera pasado a manos del gobierno austriaco antes que a la URSS, que lo reclamaba para sí. En Italia, el líder comunista Palmiro Togliatti apoyó la unión de la Iglesia Católica Romana con el Estado en la nueva Constitución, mientras que en Checoslovaquia el Partido Comunista acusó de "burguesa" la semana de trabajo de cinco días y estableció la de seis, retrocediendo en la justificación de esa actitud a los mismos argumentos esgrimidos por los capitalistas ingleses del comienzo del siglo diecinueve en contra de los salarios más altos y las jornadas más cortas.

Por lo tanto, comparar al comunista con el revolucionario es ignorar el profundo sentido en que los comunistas son conservadores. Es más: clasificar como comunistas a aquellos no-comunistas que buscan un cambio sustancial es allanar el ca-

mino a los ataques reaccionarios contra los liberales y los socialistas; porque un revolucionario puede ser muchas cosas, incluso comunista.

Un comunista, digámoslo otra vez, no puede definirse simplemente como marxista. Se puede reivindicar la adhesión a una parte sustancial, si no entera, del pensamiento de Marx sin aceptar las interpretaciones de Lenin, al igual que uno puede adherirse al marxismo-leninismo sin prestar obediencia a las múltiples versiones de Stalin. El marxismo y el marxismo-leninismo forman parte del equipo de un comunista, pero también constituyen, hasta cierto punto, la herencia espiritual de Trotsky, de los socialdemócratas de la Alemania prehitleriana y del Partido Socialista del Trabajo de Daniel de León, sin mencionar los numerosos individuos y grupos dispersos que en todas partes profesan fidelidad de diverso grado a Marx.

Un comunista, en fin, no es aquel que ocasional o hasta frecuentemente, hable con admiración de las conquistas de la URSS, o de ciertas características de la URSS, o que sostenga una determinada posición política con la que el Partido Comunista acierta a concordar en un momento dado. Se puede alabar tal o cual reforma judicial introducida por la Unión Soviética o aplaudir su gran esfuerzo en la abolición del alfabetismo, y no ser comunista. Y también se puede dar su apoyo a una legislación destinada a promover la igualdad de los ciudadanos y la oportunidad para todos, y no ser comunista aunque el P. C. encomie la misma actitud. Una causa no deja de ser justa por el hecho de que un villano se identifique con ella.

III

AL VOLVER a la cuestión de la izquierda y la derecha, entramos en un terreno más difícil. Esto ocurre porque la pasión por simplificar las cosas condujo a la gente a trazar una división entre la izquierda y la derecha sobre la base de un patrón único. Este patrón, en la mayoría de los casos, fué la oposición o la aceptación del orden establecido. La derecha fué identificada con aquellos que deseaban la conservación del orden existente, y la izquierda con aquellos que deseaban cambiarlo. Esta simple división no corresponde, sin embargo, a la realidad histórica; y lógicamente tampoco resulta cierta.

Ello se hace evidente cuando nos hacemos la reflexión que el oponerse al orden establecido indica meramente un deseo

de cambio; no indica la tendencia del cambio. Los reaccionarios se oponen al *status quo* pero desean el retorno al *status quo ante*, lo cual difícilmente permite su inclusión entre las fuerzas de izquierda. También los fascistas se oponen al orden establecido, mas su llamamiento a la rebelión conduce hacia un autoritarismo que de ningún modo puede identificarse con los métodos y los objetivos de la izquierda. Es más: si identificamos a la derecha con el orden establecido y a la izquierda con la oposición al mismo, llegamos a producir una situación paradójica en la cual, después de una revolución política, la derecha y la izquierda asumen papeles invertidos.

¿Podemos entonces definir a la derecha como al grupo que favorece la propiedad privada y la empresa individual, en contradicción con la izquierda que se opone a la propiedad privada y exige con urgencia controles colectivistas? Al hacerlo nos vemos desconcertados por el hecho de que la derecha fascista está pronta a adoptar medidas colectivistas y a barrer con la propiedad privada siempre y cuando lo estime expeditivo o necesario; mientras que el concepto de la empresa individual mantenido por la derecha reaccionaria y hasta la conservadora es más y más el de restringir el control de las empresas a aquellos pocos que comparten la propiedad o la dirección de las grandes concentraciones del capital y de la industria. Por otra parte, la supuesta izquierda comunista barre con el sistema de propiedad privada, pero hacerlo crea una nueva élite económica basada más bien en el control que en la propiedad, y abroga aquellas libertades políticas y culturales que la izquierda liberal y revolucionaria ha mantenido vivas en el curso de la historia.

¿Será, pues, la izquierda el hogar de los que desean incrementar la libertad, y la derecha el refugio de esos que quieren destruirla? Históricamente hay mucha substancia en esta opinión, pues uno de los galardones de la izquierda ha sido siempre su repudio de las prácticas inveteradas y de los credos tradicionales. Pero nuevamente nos vemos frente a la paradoja de que las prácticas antidemocráticas y los programas autoritarios son comunes a algunos partidos políticos tanto de derecha como de izquierda, mientras que la protección de las libertades civiles acentúa la división entre derecha e izquierda.

Estas consideraciones ponen en claro la dificultad de una concepción lineal en que izquierda y derecha representan extremos opuestos. Si tomamos la propiedad como línea divisoria, los comunistas están, naturalmente, a la izquierda, pero

también están allí los fascistas de la Alemania nazi, aunque en un grado y a una velocidad diferentes. Si usamos la libertad como base, resulta que los elementos de la derecha conservadora asumen ciertos atributos de la izquierda, mientras que los comunistas aparecen junto a los fascistas en la extrema derecha.

Algunos escritores sugieren una solución a ese dilema al recomendar la sustitución de la línea por un círculo, con la extrema derecha (fascista) y la extrema izquierda (comunista) juntas en la parte inferior. Entonces el círculo puede mirarse de dos maneras: desde el punto de vista de la propiedad, el fascismo y la derecha moderada están alineadas contra el comunismo y la izquierda moderada; desde el punto de vista de la libertad, el fascismo y el comunismo forman un frente contra la derecha e izquierda moderadas.

Esta concepción tiene la virtud de juntar dos sistemas autoritarios sobre la base de su común oposición a la libertad. Pero pasa por alto el hecho de que en la Alemania nazi y en la Italia mussoliniana las demandas del Estado tenían prioridad sobre los privilegios de la propiedad privada. Además, la posición de algunos sectores de la derecha moderada en asuntos tales como la libertad de opinión para los disidentes, o de los derechos civiles para los negros y otros grupos minoritarios, difícilmente puede vincularlos con la izquierda comunista.

Por tanto, tenemos que rechazar una vez más toda tentativa de reducir los complejos fenómenos sociales a un simple símbolo matemático, sea éste una línea o un círculo. En ambos casos la distinción que se presenta carece de la precisión que estamos buscando: una categoría que nos capacite de algún modo para distinguir la izquierda de la derecha y que tenga alguna consistencia.

La base para tal categoría se nos ofrece si abandonamos la idea de un rasero único y pensamos en términos multidimensionales. No podemos partir de la base de libertad o propiedad, sino de ambas a la vez, y eso sobre tres planos por lo menos — el político, el económico y el intelectual.

En el plano político la tradición de la izquierda está clara. Siempre ha estado asociada con la lucha contra el autoritarismo del gobierno, el sufragio limitado y el poder oligárquico. Aparte de los anarquistas que rechazan todas las formas de coerción organizada y con ello, al gobierno en sí, la izquierda ha sido el partido de la democracia, el sector de la población que niega las pretensiones de cualquier grupo específico a controlar permanentemente el gobierno y a determinar

la administración de los asuntos públicos. Dondequiera la derecha haya tratado de limitar el ejercicio del poder político a unos pocos supuestamente superiores, la izquierda se ha negado a reconocer que la raza o las ventajas económicas o físicas constituyesen un criterio racional de competencia política. La falibilidad de los hombres en el poder y la tendencia que demuestran a abusar de ese poder, habían convencido a la izquierda que, sea lo que requiera un sistema político conveniente, siempre tiene que haber un mecanismo para la corrección de los errores. . .

Económicamente, la izquierda ha representado siempre los intereses de las clases bajas, mientras que la derecha —fuera de los fascistas subversivos— se inclinaba a defender los intereses de las clases altas o dominantes. La izquierda ha estado en contra de la propiedad privada por creer que ésta otorga el poder sin responsabilidad; el dueño de la propiedad tiene el derecho de usarla en su propio interés, incluso con el sacrificio del bienestar de los demás. En consecuencia, la izquierda ha apoyado los esfuerzos de los sindicatos para poner freno, mediante el contrato colectivo, al gran poder económico de los propietarios y los gerentes y para asegurar a los trabajadores un voto en la fijación de las condiciones en que han de trabajar. Ha tratado de recabar la intervención del gobierno para restringir el crecimiento de los monopolios que subyugan a la empresa individual y a la libertad del comercio, y para terminar con los distingos en la contratación de los empleados. Es más: ha alentado al gobierno a entrar directamente en la esfera económica mediante la propiedad pública y la administración de las industrias. Por todos estos medios, la izquierda se ha esforzado en igualar las oportunidades y en eliminar lo que consideraba privilegios y ventajas inmerecidos. Ha tratado de establecer, tanto en la esfera económica, como en la política, aquellas condiciones que los hombres libres pudiesen respetar y reconocer como adecuadas para el ejercicio de sus facultades y el cumplimiento de sus sueños. En eso, la izquierda, a diferencia de la derecha, ha luchado por la emancipación del hombre de la autoridad arbitraria.

En el plano intelectual, la izquierda ha abogado consecuentemente por la libertad de espíritu y el derecho de todos a escoger su modo de vivir. Ha atacado los dictados de la autoridad y la teoría de la inepticia del pueblo, arguyendo en cambio que únicamente cuando el individuo tenga libertad para examinar libremente las declaraciones de otros, puede surgir

la razón para indicar el camino. La izquierda no pretende que las opiniones de los que están en el poder sean inevitablemente equivocadas; insiste solamente en la libertad de examinarlas. Al negar que sistema o grupo alguno represente la verdad definitiva, rehusa aceptar el principio de conformidad y defiende el del libre examen y la libre expresión — en el arte, en la música, en la educación y la religión. La izquierda es rebelde, no contra todo, sino contra la arbitrariedad ejercida sobre el espíritu.

En una palabra, la izquierda —liberales, socialistas y anarquistas por igual— es el grupo que lucha por la emancipación humana del gobierno autoritario y del poder arbitrario, por la igualdad de oportunidades para todos y la eliminación de los privilegios artificiales, por la libertad del espíritu para buscar la verdad e incluso para cometer errores. . . . La izquierda ha sido siempre y continúa siéndolo, el sector identificado con la lucha por la libertad política e intelectual, por el cambio económico donde éste resulte necesario o deseable, y con los intereses de los muchos antes que de los pocos, de las clases bajas antes que de las altas.

IV

¿CÓMO responden los comunistas a este triple criterio de la izquierda? De primera intención no hay una respuesta sencilla a este problema. Depende de si los comunistas están en el poder o fuera de él y, si están fuera del poder, de la posición momentánea de la Unión Soviética. Empero un examen más minucioso revela que en el fondo de todos los virajes políticos, existen un propósito y un motivo comunes. Si echamos una ojeada a las fases políticas, económicas e intelectuales de la filosofía y la táctica comunistas, podemos encontrar la respuesta.

En lo político, dondequiera que los comunistas están en el poder, como en la Unión Soviética y los países satélites, niegan el principio democrático y afirman el derecho a gobernar de la élite del Partido. Stalin, está visto, sostiene que la Constitución Soviética y su sistema político son los más democráticos del mundo. Basa esta pretensión en el hecho de que los escrutinios electorales demuestran con regularidad que el pueblo concuerda casi unánimemente en apoyar al gobierno, tal como en las elecciones al Soviet Supremo de 1946, cuando el 96,8 por ciento de los ciudadanos con derecho a sufragio han vota-

do efectivamente, y, a su vez, el 99,7 por ciento de los electores han votado por el "bloqueo" comunista y los sin partido.

Aparte de la dudosa validez de estas cifras, se trata de un argumento claramente espúreo. En ausencia de elecciones libres, de alternativas por escoger, de una oposición legal, no puede haber democracia, y cuando observamos cuidadosamente las instituciones y los procedimientos de la URSS, la ausencia de democracia es precisamente lo que encontramos. En lugar de un gobierno formado por un cuerpo legislativo elegido por el pueblo, los Soviets emplean un gobierno del Politburó nombrado por decreto. En lugar del sistema de partidos políticos en el cual, al menos en Inglaterra, los partidos representan diversas concepciones de la cosa pública, los Soviets establecieron un partido único, el Partido Comunista, cuyo papel consiste en ejecutar la voluntad del Politburó. En lugar del libre juego de ideas opuestas, los Soviets instituyeron un simple credo, el marxismo-leninismo-stalinismo, bajo el cual toda crítica al gobierno es considerada traición. En lugar de un ejecutivo responsable hay un líder, Stalin, cuya voluntad indisputable es ley. Todo eso, como quiera que se mire, no puede endosarse a la democracia.

Donde los comunistas están fuera del poder, como en los Estados Unidos, su posición es grandemente confusa. Están siempre listos a defender las instituciones políticas de la URSS y a insistir en que éstas son democráticas. Más que eso, mantienen dentro de su propio partido el mismo rígido control, la misma jerarquía de autoridad, la misma intolerancia hacia el disidente. Sin embargo, no vacilan en condenar estos principios cuando son practicados por otros. De este modo denuncian en ciertas comunidades la negación del derecho de libre expresión a los grupos disidentes, la degeneración de la democracia personificada en el gobierno de los amos, las restricciones electorales en los Estados del sur, y así por el estilo. Si se puede sacar alguna conclusión de esta doble contabilidad, será únicamente ésta: que los comunistas en demanda del poder se presentan como campeones de la democracia; pero, una vez en el gobierno, emplean los muy autoritarios métodos que aplauden en Georgia, URSS, y que condenan en Georgia, USA.

La posición de los comunistas en la esfera económica es menos clara. En la Unión Soviética se ha conseguido mucho a través de un vasto sistema de servicios sociales en el empeño de establecer un standard mínimo de vida para las grandes masas del pueblo. Mucho se ha hecho asimismo para eliminar

la clase de los ricos ociosos y, en menor grado, para estrechar la brecha entre los económicamente favorecidos y las clases sociales más bajas. Todo el mundo no sólo tiene derecho al trabajo: todo el mundo trabaja; y eso incluye a los poderosos y los privilegiados.

Pero subsiste el sistema de recompensas desproporcionadas. La nueva clase alta de los funcionarios del Partido, burócratas, directores y técnicos, sabios y artistas, oficiales del ejército y de la marina y jefes de la policía secreta disfrutan de un standard de vida incomparablemente superior al del pueblo que gobiernan. Entre el director y el obrero media un abismo sólo superado por el del poder. El obrero ruso, que de algún modo expresa su disentimiento en cuestiones políticas o económicas, ve muy limitadas las posibilidades de ascender; y no hay alternativas de empleo gubernamental. Sus salarios son fijados por las agencias del gobierno y los dirigentes de los sindicatos son responsables no ante él sino ante el Partido Comunista. Desde la frustrada tentativa de los marineros de Kronstadt en 1921, no ha habido huelgas por cuestión de salarios o similares en las industrias del Estado; el obrero ruso sabe que una huelga es perseguida como medida contrarrevolucionaria o como acto de sabotaje. El obrero lleva una tarjeta o "pasa-por trabajo" en que se consignan hechos de su vida y de su ocupación y sin el cual no puede emplearse. Puede cambiar de empleo únicamente con el permiso del director de su fábrica y si se atrasa con frecuencia o se ausenta del lugar del trabajo, se hace culpable de un crimen castigado con prisión. Las libertades económicas y las oportunidades tradicionalmente defendidas por la izquierda, no son, al parecer, defendidas por los comunistas en la URSS.

Y ¿qué es de los comunistas fuera de la órbita soviética? ¿No pregonan acaso la defensa de los intereses de la mayoría antes que los de unos pocos? Aquí las cosas se presentan igualmente confusas. El Partido Comunista de los Estados Unidos, por ejemplo, ostenta un largo historial de lucha contra los privilegios económicos, el gran capitalismo y los monopolios; también tiene un largo historial de apoyo de las luchas económicas de los asalariados, de los cesantes, de los consumidores. Ciertamente, los comunistas han sacrificado sus vidas en la primera fila del combate por un trato más humano y una mayor participación en los bienes económicos para los desposeídos.

No obstante, un estudio de esos historiales y de la función de los comunistas en esas luchas revela que el fondo de su política ha sido siempre gobernar o destruir. Después de la ruptura del pacto nazi-soviético, por ejemplo, y la entrada en guerra de la URSS, los sindicatos dominados por los comunistas fomentaron vigorosamente la introducción, de incentivos en los salarios para incrementar la producción, medida que ellos mismos habían combatido acerbamente durante la vigencia del pacto y, de nuevo, a partir del término de la guerra.

En ninguna esfera resulta más patente la abdicación comunista de los principios izquierdistas que en la esfera intelectual. En la Unión Soviética, el conjunto del pensamiento que llamamos comunismo ha llegado a ser una teología para ser aceptada en todos sus detalles y cuyo examen es inadmisiblemente. Ahí está la biblia que contiene el antiguo testamento de Marx y Engels y el nuevo testamento de Lenin. Ahí están los grandes pontífices —Stalin y el Politburó— para interpretar la biblia. Y ahí están los inquisidores prontos para castigar a aquellos que se desvían de la senda recta y para colocar sus libros y sus teorías en el Índice Soviético. Trátese de una doctrina política o de un análisis económico, de arquitectura o de biología, de una composición musical o de un drama, de matemática o estadística, de historia o de literatura, la conformidad con la posición del Partido Comunista es requisito indispensable para sobrevivir.

El hecho de si la posición particular de los Soviets sobre tal o cual cuestión de arte o de genética es justa o equivocada, no tiene importancia en sí. Lo que importa subrayar es que, justa o falsa, es una decisión *política* que ha de ser obedecida aunque los conocimientos y la razón indiquen lo contrario. Considérese, por ejemplo, la declaración reveladora del profesor Anton Zhebrak, distinguido genetista soviético: "Como miembro del Partido considero imposible para mí insistir en conceptos que fueron reconocidos como erróneos por el Comité Central." Si un sabio inglés o norteamericano virtiese tales expresiones respecto de algún partido no-comunista de su país, es casi seguro que se le miraría como apto candidato a ser encerrado en un sanatorio de enfermos mentales. . . .

Para un observador no-comunista, lo fascinante de todo eso es la manera uniforme como los comunistas —excepto unos cuantos a los que inmediatamente se tacha de renegados— cam-

bien de parecer al unísono. En todos los países y en el lapso de pocos días, se adopta la nueva "línea" y se arroja por la borda la "línea" antigua. La rápida sucesión con que Togliatti en Italia, Pollitt en Inglaterra, y Foster y Dennis en los Estados Unidos repitieron cual papagayos las declaraciones de Maurice Thorez sobre la lealtad hacia la Unión Soviética en caso de una guerra entre la URSS y sus propios países, es sólo uno de los más recientes entre los muchos casos en cuestión. En el reino de la libertad intelectual y del respeto intelectual, ¿no habrá quien exprese algún escepticismo en cuanto a que la verdad del lunes debe ser falsedad el martes?

Pero estamos en presencia de un autoritarismo mental basado en la convicción de que los líderes del Partido son tan omniscientes como infalibles. Si los comunistas dejasen de estar convencidos de ello, se verían obligados a decir, con Rubashov, el trágico protagonista de *El cero y el infinito* de Koestler: "El hecho es que ya no creo más en mi infalibilidad. Por eso estoy perdido."

V

LA CONCLUSIÓN es inevitable: los comunistas no son ya de la izquierda. No son demócratas sino totalitarios, no son rebeldes sino conformistas, no son luchadores por la libertad y el bienestar económico del hombre común sino adalides de una nueva esclavitud y de una nueva clase privilegiada. Para el liberal que aprecia la opinión individual y la libertad de escoger entre dos alternativas, para el socialista democrático que trata de apresurar la transformación de las bases económicas del orden social para lograr una distribución más justa del poder económico y de los bienes materiales, para el anarquista que rechaza la coerción económica con el objeto de establecer las condiciones para el libre florecimiento de la personalidad individual, para todos ellos no hay vínculo posible con los comunistas.

El mito del izquierdismo comunista no puede sobrevivir largo tiempo a sus contradicciones. Hasta que no esté muerto del todo, los liberales y sus hermanos de la izquierda tienen que estar en guardia contra los disfrazados que se colocan a su lado.

COLONIALISMO ESPIRITUAL *

Desde el momento de la independencia política, la América española aspira a la independencia espiritual, enuncia y repite el programa de generación en generación, desde Bello hasta la vanguardia de hoy.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

FUERA del campo absolutista y dictatorial no ha faltado a la postre uno que otro escritor —español o argentino— que apoyara directa o indirectamente aquel viceimperio ibérico que tanto hacía reír a Unamuno.

Ejemplo al caso, en el destierro, es el sabio filólogo Américo Castro, de quien hablaré con el respeto que su obra de conjunto me inspira; pero sin concesión alguna, como es natural, pues tampoco él se cuida en lo más mínimo del adversario que tiene a su vera.

Ex profesor visitante de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, don Américo Castro escribe, a principios de 1940, una disertación para cierto congreso de catedráticos de literatura iberoamericana, reunido en Los Angeles, California. Dicha disertación, algo ampliada, se publica entre nosotros, al año siguiente, bajo el título de *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, aunque según su propio autor, todo el pequeño volumen "no es sino una parte de lo que un día podría ser un libro acerca del lenguaje de Buenos Aires."

En verdad, el castellano que se habla en la gran capital del Sur no ha dejado de preocupar a don Américo desde su primer arribo a las playas del Río de la Plata. Esto, es claro, merece nuestro reconocimiento. Mas también nuestra oposición. Sobre todo, por el tono arrogante de amo exclusivo que se permite el huésped, a fuer de celoso español en tierra indómita.

Pese a cuanto se diga contra su lenguaje callejero, Buenos Aires, no hay que olvidarlo, es la ciudad en que han escrito Sarmiento, Groussac y Lugones; la ciudad sudamericana de más fecunda vida intelectual; en la que se publica el mayor número de libros y revistas de buena literatura, y en la que

* Ver «Del idioma y la raza» en el N.º 52.

aparecen los más grandes y leídos diarios de nuestro idioma. Pretender que su lenguaje debe atenerse al gusto de una ex metrópoli que se ha quedado atrás en todo sentido, es lo primero que choca en el librito de don Américo Castro.

Lugones ha puntualizado al respecto, en oportunidad menos grave, lo que sigue:

“Nunca parten de acá estas iniciativas de protección deprimente. Acá, por el contrario, sólo tenemos para España —y hasta el exceso— manifestaciones de simpatía y consideración. El vano sueño imperial, el recuerdo indiano, la carraspera conquistadora, son equivocaciones peninsulares. España no puede encabezar ningún imperio porque no es potencia en ningún dominio, ni material, ni espiritual.”

Nada más lejos de mi ánimo que confundir a don Américo Castro con aquellos pobres bachilleres españoles que a la sombra de Hitler y Mussolini solazábanse con una enorme y poco delicada voluntad de imperio. Sin embargo, a la siga del rumboso siglo XVI de su patria, el autor de *La peculiaridad lingüística y su sentido histórico* acaba por corear algunos lugares comunes que usan también nuestros nacionalistas por boca de ganso. Verbi gratia: “los credos dieciochistas de la democracia”. Don Américo los fulmina de paso al considerarlos “radicalmente imposibles en los pueblos hispánicos.”

Desde luego, este fatalismo retrógrado es inconvincente. Son muchas las dificultades que impiden a los países del Río de la Plata contrarrestar la nefasta influencia política española (el pronunciamiento, ante todo); pero al fin será España quien imitará nuestro instinto republicano y no al revés.

En estilo burocrático y expeditivo don Américo echa de menos en Buenos Aires: “frenos”, “barreras”, “diques”, “respetos”, “modelos”, “normas”, “jerarquías”... Para decirlo siempre con sus propias palabras, aunque parecen de Ortega y Gasset: “una racional y elegante policía del idioma”, como en Francia. “El francés escrito en el Canadá, en Haití o en Suiza —señala— se siente gustosamente regulado por el francés de Francia” y lamenta que no suceda otro tanto entre nosotros. Pero, en vez de reconocer la incompetencia del genio español para persuadir a la buena, empréndela contra quienes no acatan su mal humorado celo protector.

¡Cuán distinto era el pensamiento escuchadísimo de don Andrés Bello! He aquí una muestra de lo que sobre dicha materia opinaba el gran maestro venezolano:

“La variedad de prácticas es inevitable en estos confines, por decirlo así, de las diferentes escuelas; i no sería fácil hacerla desaparecer sino bajo el imperio de una autoridad inconciliable con los fueros de la república literaria, i que si pudiese jamás existir, haría más daño que provecho; porque en las letras como en las artes i en la política, la verdadera fuente de todos los adelantamientos es la libertad.”

Claro que para don Américo nuestra independencia es un fenómeno históricamente anormal y no significa que la España ultramarina o trasatlántica, como está empeñado en llamarnos una y otra vez, tomara un camino de libertad, contrario al de la sumisión tradicional en todo, hasta en el habla. De ahí que refiera cuanto acaeció aquí antes y después del movimiento emancipador al ex imperio hispánico, menospreciando cualquiera otra influencia civilizadora. Nuestro don de asimilar todo el pensamiento antiguo y moderno, es, sin embargo, lo más genuino que debemos a la Península, pues como afirma el gran hispanista Karl Vossler: “España tiene la virtud de no presentar un tipo cultural ni racial cerrado y único, sino que, antes bien, aparecen en él unidas distintas fuerzas, como ocurre en todas las unidades vivas y capaces de ulterior desarrollo.”

El cortejo y la seducción de Inglaterra y Francia especialmente, a comienzos del siglo XIX, ha tenido en estas márgenes consecuencias no sólo comerciales.

Lo que hay es que don Américo quiere que, aun pensando en forma diferente, hablemos como habla uno de cada diez peninsulares. Lo deja entrever desde un principio al copiar in extenso un eco anónimo de la revista *El Hogar*, que halla el siguiente remedio a todos nuestros males idiomáticos:

“Tendríamos que decidarnos a hablar el lenguaje familiar de los españoles, tan vivo y tan pintoresco. Pero nos parece que la única parte donde podríamos aprenderlo sería en el teatro. Si a nuestros autores nacionales se les contagiase algo de él, y lo pusieran siquiera en boca de los personajes, nos prestarían un buen servicio. Por supuesto, no querrán prestárnoslo.”

Y es lástima. Porque todo el mundo se habría divertido con tales cómicos de la lengua. ¿No era el mayor entretenimiento para Eduardo Wilde, cuando fué ministro argentino en Madrid, asistir a las sesiones de la Real Academia Española?

Más don Américo, a pesar de haber escrito *El pensamiento de Cervantes*, no es humorista. Por eso dice del impagable párrafo hogareño: “La anterior cita ilustra la cuestión lingüística de la Argentina más que cualquier análisis frío y concep-

tual. Su tono íntimo y noble descubre un aspecto esencial del problema”...

Como buen filólogo, don Américo Castro toma en serio igualmente a los preciosos ridículos del reverso de la medalla. Estos predicán un lenguaje autóctono, no menos teatral por criollista. El escaso conocimiento que tiene don Américo de la literatura nacional, le hace meter en un mismo saco a Fray Mocho y *Last Reason*... Además, se complace demasiado en la exhibición de algunas lacras de la chusma periodística, inherente a cualquier ciudad superpoblada.

En su afán de condenar lo gauchesco, don Américo apenas lo distingue del “lunfardismo”, que convierte así en sistema o categoría, como hacen algunos con el “confusionismo”. A su juicio, lo gauchesco no es más que “cabriola rebelde y anticultural” o “plebeyez de pura cepa hispana”. Ni la profunda originalidad del *Martin Fierro* le satisface del todo. “Sólo en el Plata —dice— lo rústico a secas brincó en el tablado literario”. Lo que no es exacto, pues hasta en la cultísima Colombia el poeta romántico Gutiérrez González, para ser comprendido por el pueblo, declara en la introducción de su célebre *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*:

*No estarán subrayadas las palabras
Poco españolas que en mi escrito empleo,
Pues como sólo para Antioquia escribo,
Yo no escribo español sino antioqueño.*

A don Américo le parece bien que los autores clásicos de España escribieran en el idioma que tenían más a mano, así fuera el de los pícaros; pero no deja de objetarle a Hernández el suyo, como excesivamente rústico. Tal vez en octavas reales le habría gustado más el extraordinario poema de la Pampa.

En su monumental *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, Ezequiel Martínez Estrada descubre de modo inequívoco hasta qué punto el verso de nuestro máximo payador recuerda *El Isidro* de Lope, cuya lectura fragmentaria pudo escuchar Hernández de niño en las fiestas parroquiales de su pueblo. (Indirectamente lo confirma el mismo don Américo en su paralelo de ambas capitales del Plata. Desde luego, el ilustre conferenciante prefiere Montevideo a Buenos Aires, porque “la ciudad hermana” trae a su memoria “la medida

del teatro de Alarcón frente al desborde de Lope de Vega, admirable, pero torrencial y sin selección”.)

No es la simpatía, sin duda, el móvil de la crítica que hace al lenguaje de Buenos Aires don Américo Castro. Exagera paradójicamente sus limitaciones, más atento siempre a los defectos que a las virtudes del que después de todo es el idioma de Quevedo y los Conquistadores.

Sólo un momento, y al margen, don Américo se muestra sorprendido ante la excelencia del castellano en que se manifiesta el anhelo de continuar una orientación que va desde Echeverría y Sarmiento hasta Lugones y Horacio Quiroga, pasando por Juan María Gutiérrez y Mansilla. Esta “noble tradición lingüística de la Argentina” encuentra hoy dignos émulos en Ezequiel Martínez Estrada y Jorge Luis Borges, para no mencionar más nombres.

Pero los verdaderos creadores de la literatura nacional no son santos de la devoción de don Américo, pues no se avinieron a regular “gustosamente” su español por el de España, a ejemplo de los literatos del Canadá, Haití o Suiza, según discurre nuestro implacable mentor, dorando un poco la píldora.

Es injusto reducir todo aquel movimiento de independencia literaria, exaltado por Martí, Rodó y Rubén Darío, a simple ojeriza o resentimiento. Y menos, al deseo de saltarse los “diques, barreras, frenos”, etc., que a juicio de don Américo, “más tarde haría posible para el emigrante babélico el desbarrar impunemente en cualquier lugar de Buenos Aires, por alto que fuera.”

Por esta pendiente contra “la gringuería del aluvión inmigratorio” —gringo, ay, él mismo ahora en los Estados Unidos—, podría lanzarme a llenar páginas con los dislates que se le han pegado a don Américo. ¿No recurre, acaso, a términos como “goal”, “outsiders”, “bill”, “pioneer”, además de imágenes de una escuela popularísima entre nosotros: “el surco del desorden inepto”, por ejemplo, sin olvidar alguna novedad vanguardista como “en acecho de futuros”? Pero, prefiero más bien no hacerlo, dado “su nulo peligro para la unidad hispánica del lenguaje”.

Lo cierto es que cuando el autor de *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* deja en paz los molinos de viento que, como don Quijote, toma por espantosos gigantes, y arremete contra la petulancia de su propio gremio,

escribe media página magistral, que no vacilo en transcribir íntegramente. Dice así:

"Contemplando el hervor bullicioso de la ciudad de Buenos Aires, he pensado a menudo en cuán deficientes son aún nuestros supuestos acerca de la formación y vida de las lenguas, y qué gran descuido revela no observar el idioma que se forma y vive a nuestra vista. Se ha concedido importancia desmesurada a los dialectos arcaicos, al matiz fonético de vocales y consonantes, y no se ha pensado con igual intensidad acerca de cómo vivían los portadores y transformadores de tales sonidos. Los lingüistas sabios se desbaratan el cerebro investigando el preindoeuropeo, del cual no se obtienen sino espectros de palabras casi siempre muy dudosas, sin fondo humano a qué referirlas. Que tales problemas se planteen es normal y laudable; lo que extraña es que no se aplique la misma o mayor atención al habla de la calle en Londres, Nueva York o Buenos Aires, en donde es posible percibir —por cierto no sin mucho trabajo— *el sentido vital, trascendente, de todo aquel aparente caos.*" (El subrayado no es del autor).

Ojalá don Américo Castro escriba en su anunciada obra sobre la lengua porteña por excelencia muchas páginas igualmente juiciosas y serenas. Justificaríase así la edición local de su apresurado anticipo académico.

Cuanto al más considerable apoyo argentino invocado por don Américo, el libro de Arturo Capdevila, *Babel y el castellano*, éste merece un estudio aparte y lo intentaré bajo su título traspuesto, a fin de que vaya primero el poeta como castellano viejo y después yo como impune desbarrador babélico, no apresado aún por la elegante y racional policía del idioma...

Hoy más que nunca es oportuno, querido Capdevila, el diálogo amistoso, inconcebible para un español como don Américo (¡Cuándo pienso que soy español me da miedo!), pero corriente y hasta tradicional entre nosotros.



LAS INFLUENCIAS EN LA LITERATURA

Señoras, señores:

VENGO aquí a hacer la apología de la influencia.

Generalmente se cree que las influencias son o buenas o malas. No me cuido de distinguirlas. Pretendo hacer la apología de todas las influencias.

Pienso que muchas buenas influencias existen y que no todos los ojos lo advierten. Pienso también que una influencia no es nunca absolutamente buena o absolutamente mala. Todo depende de quien la recibe.

Pienso, sobre todo, que abundan naturalezas infelices para quienes todo es infortunio y a quienes todo perjudica. Otras existen para las cuales, al contrario, todo es sano alimento; éstas son capaces de convertir guijarros en pan. *Devoraba, dice Goethe, todo lo que Herder quería enseñarme.*

Primeramente la apología del influído; en segundo lugar, la del que influye: éstos serán los dos puntos de nuestra plática.

En sus Memorias Goethe habla con emoción del período de su juventud en el que, para abandonarse al mundo exterior, permitió que todas las cosas obraran en él, según el modo y capacidad de cada una. *Resultaba de esto, escribe, un maravilloso parentesco con cada objeto; una tan perfecta armonía con la naturaleza toda, que todo cambio de lugar, de hora o de estación me conmovía íntimamente.* Recibía con delicia toda influencia, por ligera que fuese.

Las influencias son de diversas clases, y si os recordé este párrafo de Goethe fué para poderos hablar de *todas* las influencias —princiando por las más vagas y naturales— guardando para el final las influencias de los hombres y de sus obras, porque son las que mayor dificultad ofrecen y se ha tratado de protestar principalmente contra ellas. Quiero preparar la apología que de ellas pretendo hacer, con cuidado, es decir, con lentitud.

Nadie puede sustraerse a las diversas influencias. El hombre más hermético las recibe. Las influencias, cuanto menos numerosas son, corren el peligro de ser más intensas. Si nada

nos distrajera del mal tiempo, la menor lluvia nos desconso- laría.

Es de tal suerte difícil imaginar a un hombre libre de toda influencia natural o humana, que cuando algunos héroes parecieron no deber nada al exterior y sus acciones, súbitas o incomprensivas para los profanos, no obedecieron tampoco a móviles vulgares, se prefirió, para explicar su triunfo, creer en la influencia de los astros.

Se puede decir en general que tuvieron la gloriosa fama de no obedecer más que a su estrella aquellos sobre quienes las influencias (influencias de elección) obraron con mayor brío que aquellas que obran sobre un pueblo entero a la vez.

Hemos obtenido dos clases de influencias: las generales y las particulares; las que recibe a un tiempo una familia, un grupo de hombres o un país y las que dentro de su familia, dentro de su ciudad o dentro de su país recibe uno exclusivamente (por su voluntad o sin ella, consciente o inconscientemente, ya que hayáis escogido la influencia o que ella os haya escogido).

Las primeras, las generales, tienden a reducir al individuo común; las segundas oponen el individuo a la comunidad.

Taine se ocupó exclusivamente de las primeras: se com- padecían mejor con su determinismo...

Pero, como nada nuevo puede inventarse para con uno mismo, estas influencias que llamo personales porque separan a quien las sufre de su familia o de su sociedad, son también las que lo acercan a tal o cual individuo que como él las ha sufrido o las sufre. Así se forman nuevos grupos, se crean nuevas familias de miembros relativamente distanciados, se tejen nuevos vínculos, se fundan nuevos parentescos; se hace coincidir conmigo en una misma idea a cualquier habitante de Moscú; se logra reunir a través de los tiempos Virgilio con Francis Jammes y con ese poeta chino, de quien el último jueves os leí un poema modesto, ridículo y encantador.

Las influencias más generales son por fuerza también las más *groseras* (no por mera casualidad grosero y vulgar son en la actualidad sinónimos). Me avergonzaría casi de hablarlos de alimento, si Nietzsche —quizás por simple paradoja— no hubiera alguna vez pretendido que la bebida influye sobre las costumbres y el pensamiento de los pueblos, y que los alemanes, por ejemplo, no podrán conseguir, si siguen bebiendo cerveza, la ligereza y penetración que Nietzsche concede a los franceses, bebedores de vino. Sigamos.

Pero, repito: cuando una influencia es menos tosca obra con mayor particularidad.

Ya sabemos que la influencia del clima y de las estaciones, aunque obra a la vez sobre grandes masas, provoca en su seno reacciones muy diversas. A uno el calor deprime, a otro, exalta; Keats no podía trabajar sino en verano, Shelley en otoño; Diderot decía: *con los grandes vientos mi espíritu enloquece*. Se podrían citar muchos nombres más... Sigamos.

La influencia de un clima deja de ser general y se hace sensible sólo para quien la recibe como extranjero. Hemos llegado con esto a las influencias particulares, que son, para decir verdad, las únicas que deberían habernos interesado.

Cuando, al llegar a Roma, exclama Goethe: *Nun bin ich endlich geboren*: Al fin nací!, cuando su correspondencia nos dice que al entrar en Italia le pareció que por primera vez adquiriría conciencia de sí mismo y comenzaba a existir, podemos juzgar muy interesante la influencia de un país extraño. Salvo infortunadas excepciones, como son los viajes obligatorios o los destierros, se escoge siempre el lugar en el que se pretende viajar; escogerlo es ya una prueba de la influencia que ejerce sobre nosotros. Escogemos un país cierto y determinado, porque sabemos que vamos a dejarnos influir por él y porque esa influencia la esperamos y la deseamos. Escogemos asimismo los lugares que podrán influir en nosotros más profundamente. Cuando Delacroix partió para Marruecos no fué para llegar a ser un orientalista, sino con el fin de obtener armonías más intensas, más delicadas y más sutiles, para adquirir conciencia perfecta del talento de colorista que ya poseía.

Me avergüenzo casi de tener que citar la frase de Lessing que Goethe menciona en las Afinidades Electivas, frase tan conocida que nos mueve a sonreír: *Es wandelt niemand unbestraft unter Palmen*. Nadie puede impunemente pasear bajo palmeras. ¿Qué quiere decir? Que, después de haber salido de su sombra, no somos ya los mismos de antes.

Leí un libro; después de leerlo, lo cerré, lo puse en mi biblioteca, pero había en él una frase que no podré nunca olvidar. Penetró en mí tan profundamente que no la distingo ya de mi propio ser. Aunque olvide en qué libro la leí, aunque olvide que la leí, aunque no me acuerde de ella más que de una manera imperfecta... ¿qué importa? No podré ser jamás como era antes de leerla. ¿Cómo explicar, entonces, su poder?

Proviene de que no ha hecho más que revelarme una parte de mí mismo que yo desconocía anteriormente. No fué más que una explicación de mi personalidad. Se ha dicho ya que las influencias obran por semejanzas. Se las ha comparado con espejos que no nos retrataran como somos efectivamente, sino como somos de manera latente.

“Ce frère antérieur que tu n'es pas encore...” *.

decía Henri de Régnier. Las compararía yo con ese príncipe de una tragedia de Maeterlinck que viene a despertar princesas. ¡Cuántas princesas durmientes que llevamos en nosotros esperan, ignoradas, el contacto, el arpegio, la palabra capaz de despertarlas! ¿Qué vale junto a esto todo lo que aprendo con el cerebro y que por un esfuerzo de memoria logro retener?

Puedo, así, acumular pesados tesoros, embarazosas riquezas: todo un capital, precioso como instrumento, pero que no será nunca *yo mismo*. El avaro llena su cofre de doblones, pero en cuanto lo cierra es verdaderamente como si estuviera vacío.

No sucede otro tanto con ese último conocimiento, que es más bien un reconocimiento afectuoso, algo como el sentimiento de un parentesco que se renueva. Cuando, en Roma, junto al solitario sepulcro de Keats leí sus versos admirables, con cuánta ingenuidad dejé que su tierna influencia me invadiera, me penetrara, me reconociera y emparentara con mis pensamientos más dudosos e inciertos, y esto llegó a tal extremo que, cuando ya enfermo, exclama en la Oda al Ruiseñor:

“¡Oh! ¿quién pudiera darme un trago de vino enfriado largo tiempo en la tierra profunda, de un vino que olierá a Flora y a las verdes campiñas, como la danza, las canciones provenzales y la dicha que el sol quema?

¡Oh! ¿quién pudiera darme una copa de ardiente mediodía?”

creí que de mis propios labios surgía entonces esa queja admirable.

Educarse, florecer en este mundo es casi como encontrar de nuevo a sus viejos parientes.

Siento con toda claridad que ahora llegamos al punto peligroso y que la tarea comienza a hacerse delicada y difícil.

* Ese hermano interior que aún no eres...

No se trata ya ahora de las influencias que llamé naturales, sino de las humanas.

La influencia nos había parecido, hasta ahora, un feliz medio de enriquecer la personalidad, igual, por lo menos, a una varita mágica que permitiese descubrir en nosotros tesoros imprevistos. ¿Cómo explicar entonces que se haya convertido en un motivo de duda y de recelo? La influencia es considerada como cosa nefasta, casi como un atentado para consigo mismo, quizás como un crimen de lesa personalidad. Es que precisamente hoy, aún cuando no profesamos individualismo, pretendemos realizar nuestra personalidad y que, en cuanto no es excesivamente robusta o nos parece frágil e indecisa, el temor de perderla nos persigue y ensombrece nuestras más puras alegrías.

¡El miedo de perder su personalidad!

En nuestro dichoso mundo literario hemos conocido muchos temores: el temor a lo antiguo, el temor a lo moderno (en estos últimos tiempos el temor a los idiomas extranjeros, etc., etc.); pero el más necio y ridículo de todos es sin duda el de perder su personalidad.

No quiero leer a Goethe, me decía un literato joven (no temáis; no cito más que el nombre de aquellos a quienes elogia); *no quiero leer a Goethe, porque podría impresionarme*.

Es ciertamente preciso haber alcanzado una rara perfección para que todo cambio pueda sernos perjudicial.

La personalidad de un escritor, esa personalidad delicada y predilecta que nos desagradaría perder (no porque la supongamos eminente, sino porque juzgamos que a cada instante está en peligro de zozobrar), consiste a menudo en no haber hecho tal o cual cosa. Pudiéramos llamarla una personalidad privativa. Perderla es querer hacer lo que nos habíamos comprometido a no hacer. Hace algunos años se publicó un volumen que el autor denominó: “*Cuentos sin qué ni quién*”. De esta manera cimentaba su originalidad, su estilo y su *personalidad* en la circunstancia de no haber utilizado estas dos palabras.

¡Cuántos escritores y artistas no poseen más que esta clase de personalidad! ¡Cuántos existen que, si quisieran usar el *que* y el *quién* se confundirían para siempre con la masa anónima pero infinitamente matizada de la humanidad!

Hay, no obstante, que confesar que la personalidad de los grandes hombres está también integrada por sus incomprendiones. La misma acentuación de sus rasgos exige límites

violentos. La imagen de los grandes hombres no es nunca vaga, sino, antes bien, exacta y definida. Aun pudiera decirse que se define a todo gran hombre por sus incomprensiones.

Voltaire no comprendió jamás a la Biblia ni a Homero, no tuvo más que sarcasmos para Píndaro. ¿No dibuja admirablemente este detalle su silueta? Así el pintor al trazar el contorno de un rostro, parece decirle: no pasarás de aquí.

Goethe, el más inteligente de los mortales, no comprendió a Beethoven, quien, después de haberle tocado la Sonata en do menor (Claro de Luna), exclamó con angustia al verlo indiferente y silencioso: Si usted, maestro, no me alienta, ¿quién entonces me comprenderá? Y esta simple anécdota define con un mismo rasgo a Goethe y a Beethoven.

Las incomprensiones de los genios se explican con toda sencillez: no son necedad, son una alucinación. Todo amor es igualmente exclusivo y la admiración que el amante profesa a la amada lo vuelve insensible a toda belleza distinta.

Por su mismo *amor* al ingenio, Voltaire fué insensible al lirismo. Por la adoración que tuvo siempre para Grecia y para la pura y suave ternura de Mozart, Goethe desdeñó la pasión desencadenada de Beethoven y dijo a Mendelssohn cuando éste le tocó el principio de la Sinfonía en do menor: no experimento más que extrañeza.

Se puede decir que todo gran creador tiene costumbre de proyectar sobre el punto que observa una luz espiritual tan abundante, un haz de rayos tan prolijo, que, por contraste, lo que le rodea llega a parecer obscuro. Por esta razón, porque es capaz de comprenderlo todo, puesto que no ama nada apasionadamente, el diletante es la antítesis del genio.

Prefiero, sin embargo, el diletante que, incapacitado para hablar y para producir, se reduce a *atender* y sabe admirablemente *escuchar*, a aquel que, sin tener una verdadera personalidad hecha a la vez de sombra y de destello, trata de crearse otra, restringida y complicada, alejando de sí ciertas influencias y sujetando su espíritu a un régimen dietético, como se hace con el estómago enfermo que no soporta más que alimentos poco variados. Cabe, pues, señalar aquí uno de los resultados del deseo que hoy existe de ser original, cueste lo que cueste: ya no hay escuelas, ya no hay espíritus que sepan escuchar.

El temor de parecerse a los demás hace que algunos busquen los rasgos más extravagantes y muchas veces los más in-

comprensibles para ostentarlos y exagerarlos aun en detrimento de sí mismos.

Conozco a alguien que no leyó a Ibsen por temor de comprenderlo *demasiado bien*; otro prometió no leer jamás a un poeta extranjero, temeroso de perder el casto sentido de su lengua. Los que temen las influencias y pretenden escapar a su dominio, confiesan pobreza de alma. No descubriremos en ellos absolutamente nada nuevo, puesto que ellos mismos no intentan descubrirlo. No han de estar muy bien emparentados, cuando no desean encontrar de nuevo a sus parientes.

El genio sólo tiene un gran cuidado: ser lo más humano que puede: es decir, llegar a ser vulgar: Shakespeare, Goethe, Molière, Balzac, Tolstoi. Y, por un mecanismo admisible, llegan a conquistar de este modo su personalidad, en tanto que el que escapa a la humanidad sólo consigue ser extraño, defectuoso y raro.

¿Es preciso que os recuerde la palabra del Evangelio? *Quien pretenda salvar su vida, su vida personal, la perderá, pero aquel que quiera darla, la salvará* o, para traducir con toda propiedad el texto griego: *la hará verdaderamente viva*. Por esta razón los grandes espíritus no temen influencias, antes las procuran con la avidez de llegar a *ser*. Para no haberse rehusado nada (o, como decía Nietzsche, para no *haber dicho* no a nada) ¡cuánta riqueza no debía haber adivinado Goethe en su interior! Su biografía parece sólo ser la historia de sus influencias (nacionales con Goetz, medioevales con Fausto, griegas con las Ifigenias, italianas con el Tasso, orientales en fin, con la lectura del Diván de Hafiz traducido por Hammer (influencia tan poderosa esta última, que a los 70 años aprendió el persa y escribió un Diván).

El mismo frenesí de deseo que llevó a Goethe a Italia, movió a Dante hacia Francia. Como no encontraba bastantes influencias en Italia, fué a París a someterse a la de nuestra Universidad.

Debería comprenderse que el temor de que hablo es enteramente moderno, efecto último de una anarquía literaria y artística que no se conocía hace apenas algunos años. En toda época vigorosa es suficiente satisfacción la de ser original para preocuparse mucho por serlo. Parece, por esto, que una profunda unidad espiritual liga entre sí a los espíritus más diversos, capaces, por ende, de fundar una sociedad tan admirable en sí misma como son admirables ellos mismos aisladamente. ¿Se preocupó acaso nunca Racine por no parecer-

se a nadie? ¿La influencia jansenista, a la que dicen que toda su Fedra obedeció, le resta acaso algún mérito? ¿Nos interesa menos el siglo XVII en Francia porque en él haya Descartes prevalecido? ¿Se avergonzó nunca Shakespeare de haber dramatizado las Vidas de Plutarco y haber repetido piezas de compañeros y predecesores?

Alguna vez aconsejé a un joven literato un tema que creí le estaba adecuado, y después de ocho días lo hallé desconsolado. Me inquieté. ¡Oh! me dijo entonces con amargura, no quiero hacerle reproches, porque no tuvo usted mala intención al aconsejarme, pero, por amor de Dios no me vuelva usted a aconsejar nunca! He llegado ya por mí mismo a pensar en el asunto que me propuso usted, pero ¿cómo podré ahora utilizarlo, puesto que fué usted quien me lo aconsejó? Os aseguro que no estoy inventando; por un buen rato estuve sin comprender: ¡el infeliz temía de seguro perder su personalidad! Puchkin dijo un día a Gogol: *Joven amigo, tengo una idea admirable que no podré yo nunca utilizar. Por lo que creo conocerle me parece que usted haría algo bueno con ella.* ¡Algo bueno! En efecto, con ese pequeño argumento, con ese solo germen depositado por Puchkin, Gogol escribió las ALMAS MUERTAS, obra a la que debió su gloria.

Hay que ser más audaz aún y decir: las grandes épocas de producción artística, las épocas más fecundas han sido siempre las más influidas. Así fueron el período de Augusto, sometido a la influencia de las letras griegas y los renacimientos italiano, francés e inglés, invadidos por la antigüedad.

Puede llenarnos hoy de inquietud la contemplación de estas grandes épocas, en las cuales por un conjunto de felices coincidencias estalla y crece lo que, habiendo sido sembrado desde mucho tiempo antes, germinaba y vivía en pacientísima espera.

En nuestra edad, a la que también admiro y amo, es necesario, según creo, investigar de dónde proviene esa anarquía reinante que puede fácilmente exaltarnos, haciéndonos pensar que el tumulto de su fiebre es un exceso de vitalidad. Es útil comprender asimismo que lo que determina la unidad de una gran época, no obstante su exuberante fecundidad, es que todos los espíritus que la constituyen se saciaron en la misma agua.

Hoy no sabemos ya a qué manantial debemos acudir; imaginamos que muchas aguas son saludables y éste bebe aquí y aquél allá...

Esto obedece a que no brota en nuestros días una fuente única, antes bien, aguas surgidas sin ímpetu por doquier, manan un instante para luego permanecer estancadas, por lo que el aspecto del terreno literario es en la actualidad el de un verdadero lodazal.

No hay ya, como antaño, poderosas corrientes ni un gran canal, ni una influencia genérica capacitada para agrupar y reunir espíritus diversos sometiéndolos a una fe común, a una idea dominadora. No hay ya escuelas. Por el contrario, el temor de parecernos los unos a los otros, la incertidumbre y el escepticismo engendran multitud de pequeñas religiones individuales, útiles para el triunfo de pequeños individuos extravagantes. Si pues los grandes espíritus buscan con avidez las influencias, es que confiando en las riquezas propias, animados por una intuición ingenua de la exuberancia inmanente de su ser, viven esperando con alegría las futuras floraciones. Parece, en cambio, que los que no encuentran en sí muchos recursos, temen ser víctimas del trágico aserto del Evangelio: *Se dará al que tenga, pero a aquel que no tenga, se quitará lo poco que posea.* En este punto, como en otros muchos, la vida es cruel para los débiles.

—¿Debe uno entonces alejarse de toda influencia?

—No. Pero... los débiles perderían la escasa originalidad que poseen...

—Tanto mejor, señores, así podrán fundar, finalmente, una escuela.

Algunos escasos espíritus directores y una gran serie de subordinados que constituyen un terreno neutro para facilitar la exaltación de los primeros, forman, al reunirse, una escuela.

Lo primero que en ella advertimos es, pues, una subordinación, una especie de sujeción tácita e inconsciente a las grandes ideas que los grandes espíritus proponen; ideas que los espíritus inferiores consideran como *Verdades*.

Siguiendo a esos grandes espíritus, los pequeños avanzarán más que por sí solos. ¿Qué hubiese sido Jordaens, sin Rubens? Gracias a él, Jordaens se elevó a tal altura que muchos pensarán que he escogido mal mi ejemplo y que Jordaens es digno de figurar en la categoría de los espíritus directores. ¿Qué sucedería, pues, si hablara de Van Dyck, quien, a su vez, creó y dominó toda la escuela inglesa?

Hay más aún: a menudo a una gran idea no basta un solo genio; un solo genio no puede ni expresarla enteramente,

ni mucho menos exagerarla. Es preciso que varios se reúnan para así manifestar toda su íntima belleza.

¿Terburg, Metsu, Peter de Hooch hubiesen bastado acaso para expresar la *idea* fundamental de la escuela holandesa? No; nunca; se necesitaba de ellos y de otros muchos más.

Digamos, por último, que si un conjunto de grandes espíritus se dedica a la exaltación de una gran idea, otros necesitan entregarse a comprometerla y a destruirla. No me refiero a aquellos que se encarnizan en su contra, pues éstos sirven la idea que combaten y la fortalecen con su propia hostilidad. Hablo de todos los que creen ayudarla y en cuya desgraciada descendencia se agota.

Por fortuna, como la humanidad debe consumir, y de hecho consume, un número espantable de ideas, agradezcamos a éstos que, agotando todo el ímpetu generoso de una tesis, transformándola en simple *idea de verdad* que fuera en algún tiempo, obligan a los recién llegados a buscar una idea nueva para hacerla nuevamente *verdad*.

Agradezcamos a Mieris y a Felipe Van Dyck, pues arruinaron el prestigio de la escuela holandesa y destruyeron sus últimos reductos.

No creáis, en literatura, que los versolibristas: Vielé-Griffin o Verhaeren, dieron muerte al Parnaso; él mismo se suprimió, se comprometió en la decadencia de sus últimos y deplorables herederos.

Digamos, además: hay un castigo admirable para aquellos que temen todo género de influencias: entre ellos se reclutan siempre los escritores de parodias. No saben permanecer íntegros ante las obras ajenas. El temor mismo que tienen, hace que se detengan en su superficie, que sólo las prueben con los labios. Buscan en ellas el secreto (externo, según piensan) del oficio; secreto que reside en una relación íntima y profunda con la personalidad misma del artista. No pueden comprender la razón total de una obra de arte. Creen que se puede tomar la piel de las estatuas y que inflándola se haría algo bello.

El verdadero artista, ávido de profundas influencias, trata de olvidarse en la obra de arte y penetrar su fondo; para él es como una frontera: no puede seguir adelante sin cambiar de abrigo... El verdadero artista buscará siempre al hombre tras de la obra de arte y sólo querrá recibir lecciones de aquél y no de ésta. La franca imitación no tiene ningún parecido con el *pastiche*, labor hipócrita y oculta. Sería demasiado di-

ficil explicar por cuántas extrañas aberraciones no nos atrevemos ya a imitar en la actualidad. Los grandes artistas no conocieron nunca este temor. Con tanta resolución imitó en un principio Miguel Angel a los antiguos que hizo pasar algunas de sus estatuas (un Cupidillo, entre otras) por resultado de sus excavaciones. Según una anécdota muy conocida, enterró una estatua del Amor y después de desenterrarla aseguró que era un mármol helénico.

Montaigne se compara, por su frecuente trato con los antiguos, a las abejas que *pilotent de ci de là les fleurs*, pero que con ellas hacen miel *qui est tout leur* y no es ya entonces *thym ne marjoleine*. No, es Montaigne y vale por esto mismo mucho más.

Señoras y señores:

Pensaba yo hacer la apología del que influye, tras de haber hecho la del que es influido. Creo que por el momento no es muy útil hacerla. Elogiar al que influye ¿no es elogiar al genio? Todo genio es influyente. Los escritos o los cuadros de un artista son sólo breve parte de su obra, puesto que su influencia la continúa y la explica. Descartes no es solamente el autor del *Discurso del Método*, de la *Dióptrica* y de las *Meditaciones*, es también el autor del *Cartesianismo*.

Muchas veces la influencia de un hombre es mayor que su obra; muchas veces también parece depender de ella y no seguirla más que muy lejanamente. Tal aconteció con la Poética de Aristóteles en Francia durante el siglo XVII. A veces, por último, la influencia es por sí misma la obra toda, como sucede con esas dos únicas figuras cuyos nombres no me atrevo casi a citar: *Sócrates* y *Cristo*. Se ha hablado a menudo de la responsabilidad de los grandes hombres.

No se ha reprochado tanto a Jesucristo el número de mártires que originó como se reprocha en la actualidad a algunos escritores la resonancia trágica de sus ideas.

Después de Werther hubo una gran epidemia de suicidios. Lo mismo ocurrió con un poema de Lermontof, en Rusia.

Hablando de las Máximas de La Rochefoucauld, Mme. de Sévigné dice: Después de este libro no hay término medio: o se mata uno o se hace cristiano. (Lo decía, pensando, con razón, que todos preferirían convertirse a morir.) A pesar de esto, creo que aquellos a quienes mató la literatura llevaban ya en sí mismos gérmenes fatales; así como los que se hicieron cristianos estaban ya dispuestos a serlo. La influencia nunca crea: sólo despierta.

No obstante, me cuidaré mucho de disminuir la responsabilidad de los grandes hombres. Para enaltecer su gloria es preciso hacerla más pesada, más espantosa aún. A ninguno de ellos la idea de su responsabilidad pudo nunca amedrentar. Consumen a su redor un total formidable de vida. No los dirige en ésta una necesidad de dominio. Causas a menudo diversas engendran la sujeción de varios individuos a un mismo artista. Se pueden, todas ellas, resumir en una frase: el artista no se basta a sí mismo. Tiene una conciencia demasiado clara de la importancia de su idea y se considera responsable. Esta responsabilidad se le representa como la más interesante, juzga todas las obras inferiores. ¿Cómo obrar, pues, en semejante situación? No le bastan sus cinco sentidos para palpar el mundo, ni las veinticuatro horas del día le son suficientes para vivir, para pensar, para expresarse. Tiene, por consiguiente, necesidad de ayudantes, de sustitutos, de secretarios.

Un genio, decía Nietzsche, tiene su talento y además el de sus amigos. Cada uno de ellos le presta sus sentidos o, lo que es aún mejor, vive en lugar suyo. El, como centro que es, lo mira todo y de todo se aprovecha. El influye; otros corren el peligro de experimentar sus ideas.

Es difícil hacer la apología de los genios. En verdad no puedo decirlos que apruebo cuanto hacen; me concreto a afirmar que si no lo hicieran no serían genios. Si trataran de obrar, sus influencias estarían siempre mal informadas y no tendrían ninguna influencia, puesto que sólo lo que nos modifica es susceptible de interesarnos.

Por esto hice previamente el elogio de los que se dejan influir: para poder ahora demostrar que son indispensables a los grandes hombres.

Señoras y señores:

He terminado casi de decirlos cuanto pretendía decir. Las ideas que traté de expresar podrán pareceros paradójicas o falsas. No obstante, quedaré muy satisfecho con saber que aun cuando fuera como una protesta en contra de ellas, he hecho nacer —quiero decir: he despertado en vosotros— algunas ideas que juzgáis bellas y exactas. Podíamos llamar a este fenómeno una influencia por reacción.

Bruselas, 29 de marzo de 1900

Optica
MAIER
OPTICO AUTORIZADO
*se despachan
recetas de los médicos
oculistas*

Agustinas 853, entre
Estado y San Antonio
SANTIAGO
Tel. 31145 Casilla 4143

“Jemmy Button”

Novela

por BENJAMIN SUBERCASEAUX

Esta grandiosa novela marcará en nuestra literatura el término de una época y el comienzo de otra. Hasta hoy, los novelistas chilenos se mantuvieron apegados a lo criollo y local. “Jemmy Button” invade con ímpetu el vasto horizonte de lo universal, en un magnífico esfuerzo que ya la crítica proclama plenamente logrado.

Sus páginas, animadas por un sostenido soplo de vitalidad, nos hacen vivir una aventura marítima y nos ponen en contacto con una interesante experiencia humana, la tentativa civilizadora de Fitz-Roy, que permite al autor deslumbrarnos con brillantes elucubraciones sobre nuestra naturaleza, nuestros instintos y nuestro destino.

Un volumen encuadernado . . \$ 400.—

Enviamos contra reembolso

EMPRESA ERCILLA, S.A.

Agustinas 1639, Fono 62225, Cas. 63-D

T R A B A J E
Y E S T U D I E

EN LA

“UNIVERSIDAD
POPULAR
VALENTIN LETELIER”

QUE LE BRINDA
LA OPORTUNIDAD QUE
UD. DESEA

Haga su consulta a:

CARRERA 86, TELEFONO 88477
SANTIAGO

R E P A R E
SUS MOTORES
ELECTRICOS

E N

SAN DIEGO
1 5

—
Israel Friedmann

DR. S. TANNENBAUM B.
LABORATORIO
CLINICO

Exámenes completos de orina, Jugo Gástrico y Duodenal, Desgarro, Deposiciones, Líquidos Patológicos, etc., etc. Reacciones de Weinberg, Wassermann, Kahn, Líquido Céfalo Raquídeo, etc., etc. Exámenes químicos de sangre: Urea, Glicemia, Acido Urico, Pruebas Hepáticas, Renales, etc., Sección Hematológica completa, Sección completa de Bacteriología: Widal Paratífus, Difteria, etc., etc. Sección Anatomía Patológica e Histopatológica.

* * *

PLAZA BULNES (NATANIEL) 31
Teléfono 65626, Casilla 615, Santiago



NO NECESITA AZUCAR
NI HUEVOS

PIDALO EN TODOS LOS
ALMACENES

CHAMPU
BAYCOL

L I M P I A
Y C O N S E R V A
S U
CABELLERA

H I L A D O S
FINOS DE ALGODON
Y S.P.U.N-RAYON

C O M P A Ñ I A
TEXTIL ANDINA

S. A.

Teléfono 50036 - Stgo.

Enrique Espinoza

El
espíritu
criollo

Sarmiento

Hernández

Lugones

Babel



Enrique Espinoza es un escritor de aguda sensibilidad. Un sensitivo que se defiende con su exterioridad reservada contra los choques desgastadores de la estrepitosa vanidad, el presuntuoso *paraître* y demás vulgaridades del mundillo literario; a la vez que opone una firme coraza de honradez al barullo de "ideologías" y de apetitos que circulan por nuestro tiempo. Con hombres así la amistad no puede degenerar en chabacanería, ni la confianza menoscabar el respeto. Una clara inteligencia y un limpio carácter engendran la sinceridad, y esta es justamente la moneda preciosa, por lo mismo que se falsifica tanto, que corre por las páginas de *Compañeros de Viaje*, *Chicos de España* y *El espíritu criollo*.

ERNESTO MONTENEGRO

El acero nacional determinará
el florecimiento de nuestros
astilleros, la producción de
maquinaria agrícola en la esca-
la que se necesite y la eman-
cipación de nuestra industria.

COMPAÑIA DE ACERO DEL PACIFICO

Distribuidores: CODINA

COPEG

SODIMAC

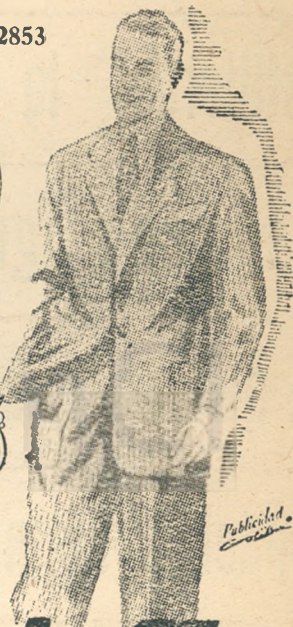
SEGECO

ROPAS
RUDDOFF
*El sello de
Distinción
conocido en todas partes*

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LEGISLAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELLECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE Sartor Resartus



ROPAS
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN

Precio del ejemplar \$ 30 m/ch.